

# Concurso de Escritura de Cuentos “Juventudes y Derechos Humanos”

Cuentos Ganadores  
2021



Un proyecto de:



Con el apoyo de:



▪ **Primer Lugar: “Toda una vida cabe en un bote hacia la orilla”**

***Autor: Kaaubi Limnio (Akerouac)***

Cuando veo a mi padre mirar al Pacífico, sé que piensa en Guna Yala. Lo noto en sus suspiros largos, parpadeos lentos, y espalda semi jorobada. Cuando sus ojos se detienen sobre el mar, recuerdo su voz cruzar las paredes delgadas de la casa, gritando o llorando a través de sus sueños un pasado que por un tiempo conocí por pedazos. Me tomó semanas y un par de preguntas a mi madre para poder crear una línea de tiempo, llenar los espacios vacíos. Ahora, cada vez que su cuerpo se dirige al balcón, sé que en su cabeza el Pacífico se torna Caribe por, mientras en la mía resuena la historia del día en que los gunas fueron obligados a abandonar las restantes catorce islas del archipiélago de Guna Yala.

Mi padre y su abuela, Ester, comían pescado ahumado mientras celebraban navidad. Escuchaban música por radio, tatareando y riendo, cuando la emisión fue cortada por una voz demasiado uniforme. Las palabras del presidente empezaron a resonar por las pajas y cañas de la casa. Su mensaje fue corto: las personas que aún vivían en las catorce islas de la comarca debían desalojarlas a no más tardar el 27 de enero de 2077.

Mi padre apagó la radio, dejó de comer y miró a Ester sin decir nada. Ella solo sonrió levemente y siguió comiendo. A nadie tomó por sorpresa la noticia. Por los últimos ocho años habían sido solo ellos dos y veinticinco más en la pequeña isla de Uggubseni. Los demás habían migrado a cualquier tierra sobre el nivel del mar.

Tal vez mi padre también maldice al mar cada vez lo mira. Ese mismo mar que minutos después del anuncio lo distraería para notar como las olas chocaban con las paredes de su casa. Tantos paneles solares y el agua igual se había llevado las casas. Tantos tanques de reciclajes para que al final nadie hubiese recogido la basura, y terminara como diques alrededor de la isla para evitar que el agua subiera. E igual subió. Su plan por mucho tiempo había sido moverse de casa abandonada en casa abandonada hasta llegar al centro de la isla porque quien lo había cuidado

desde bebé y estaba frente a él comiendo era ya muy vieja para tomar un bote e ir a parar a un lugar desconocido.

Treinta días. Un mes. Cuatro semanas para dejar todo atrás.

El resto de esa noche ocurrió tranquila. Mi padre limpió todo, y se sentó junto a la hamaca de su abuela para verla dormir. En los días próximos volvió a hacer lo que había estado haciendo desde los últimos años—despertar, pescar y dormir.

Luego de anuncio, explotaron las promociones de viajes abaratados en avión hacia tierra firme. Fue la primera vez que mi padre escuchaba sobre un avión volar a Guna Yala. Sin embargo, solo unos cuantos de Uggubseni pudieron pagar esos viajes. En su caso, solo podría mirarlos irse a algún lugar... cualquier lugar.

Al mediodía, una semana después del anuncio, cuando los motores del primer avión retumbaron en la casa, los ojos de Ester se abrieron saltantes y brillantes, y como si su cuerpo retomase un poder que no había conjurado en años, empezó a zigzaguear por la casa, murmurar y sonreír. Mi padre solo recorrió dubitativo sus pasos. De un cajón viejo Ester sacó una mola. Luego otra. Así fueron quince más. Empujó una mesa hacia la entrada por sí sola para luego empezar a acomodar las telas sobre ella. Colocó una silla frente a la entrada, se sentó para secar el sudor de su frente con su brazo derecho, respiró profundo para calmar su aliento, dirigió su vista a ambos lados de la calle, y miró al cielo buscando con aún ojos saltantes y brillantes un avión que, según ella, traería turistas a visitar Uggubseni.

Mi padre no dijo ni hizo nada. Solo la miró por una hora. Vio su rostro dar vueltas por varias direcciones esperando un avión que nunca pasaría. Sus hombros pasaron de estar derechos a decaídos. Miró sus manos y entrelazó sus dedos.

—Beto, ¿Acaso nadie va a venir?

Mi padre vio sus ojos cargarse de lágrimas. Como si hubiese sido remplazada por otra persona, el semblante de su abuela se tornó incómodo e incrédulo. Su ceño se levantó y bajó mientras recorría su espacio: la mesa, sus molas y la espera. Ningún salto ni brillo, solo confusión. Se levantó apurada hacia el interior de la casa, y no volvió.

En los días subsiguientes varios se fueron en botes o aviones. En uno de esos botes se fue el mejor amigo de mi padre, y con cada uno de esos aviones, mi abuela pensó que turistas venían. El rol añadido de mi padre en esos momentos se convirtió—además de despertar, pescar y dormir—esperar que las horas pasaran, recoger las molas para luego entrar y verla dormir.

En uno de sus días de pesca, casi tres semanas desde el anuncio, mi padre vio a agentes de la policía patrullar en lanchas, dar vueltas entre islas, y lanzar al aire panfletos que leían Desalojar antes del 27 de enero. Desde ese momento, se repitió el anuncio cada tres horas por la radio y las noticias anunciaron que varias islas ya estaban completamente abandonadas.

Luego de tanta gente irse durante los días restantes, para el 25 de enero, en Uggubseni, solo quedaron mi padre y su madre. Entre las luces rojo-azul de las lanchas, y el sonido constante de los aviones, Beto decidió decirle a Ester que irían a visitar a su esposo en la cima de la montaña a la mañana del día siguiente.

El 26 de enero, dos policías tocaron la puerta al punto de derribarla. Sin esperar alguna respuesta, tomaron a mi padre de su ropa y lo sacaron de la casa. Él logró tomar las dos mochilas que había preparado. Ester miró al otro oficial con miedo, e intentó forcejar con él inmediatamente después de agarrarla de los brazos. En sus varios intentos de escapar de sus manos, ella cayó al suelo. El policía la tomó de su cadera accidentalmente tomando su saburete, dejando a Ester en el suelo, llorando y en ropa interior. La levantó hasta donde estaba mi padre, y a ambos los halaban hacia el muelle, tan brusco, que sus pies se arrastraban en vez de caminar.

Fue durante el empuje hacia el muelle que la arena empezó a temblar. A lo lejos, el sonido gradualmente fuerte del motor de avión llegó a sus oídos. Ester miró al cielo con sus ojos nuevamente saltantes y brillantes buscando por todas partes el origen del sonido. Emocionada y desesperada, forcejó con el policía que la sostenía hasta que logró zafarse. La abuela de mi padre corrió por la calle hasta desaparecer en la entrada de su casa.

El oficial que tenía a mi padre, lo lanzó a un bote junto a sus dos mochilas, luego se montó él y encendió el motor. El otro caminó de regreso. Mi padre intentó levantarse, pero el policía se lo impidió, así que empezó a gritar tanto que la saliva salió con sangre hacia su camisa blanca. Uggubseni se alejó de él, y también se llevó a su madre.

Mientras el bote anduvo, a sus costados aparecieron las casas semihundidas, casi hundidas y completamente hundidas que el mar había consumido. Miró por demasiado tiempo hacia la isla, y no vio ni al policía ni a su madre regresar. Uggubseni pasó de ser isla a ser un punto pequeño a desaparecer completamente de su vista.

Solo puedo imaginar ese momento. Solo puedo construir versiones falsas de ese momento.

Mi padre se acostaría cansado en el bote, miraría al cielo esperando que ningún otro avión pasara. Tomaría ambas mochilas en sus manos, aferrándose a ellas. Pensaría en su niñez, corriendo, nadando, mirando la luna y las estrellas. Lucharía por no llorar. Cuando fuese el momento para recuperarse, se sentaría y miraría al mar. Se imaginaría tres botes: el primero sería uno con gunas llegando por primera vez a Uggubseni escapando en el siglo XIX, el segundo sería uno con gunas volviendo a la isla por su pueblo en 1925, y el tercero, su bote alejándose. Se preguntaría si quienes nacen en las costas están maldecidos a siempre huir, y cómo, por aparente destino, terminaría con dos mochilas en un bote hacia la orilla. Mi padre imaginaría, al igual que yo lo hago de vez en cuando, a mi abuela cocinando en algún lugar de Panamá. Soñaría con las más de trescientas islas rodeadas de un azul tal vivo que cualquiera pensaría es el cielo. Se culparía de todo, incluso de lo que nunca tuvo culpa: de las casas bajo agua, del paradero de su madre, de la vida que ya ni querría.

Así que cuando veo a mi padre mirar al Pacífico, sé que piensa en su abuela, mi bisabuela. Lo noto en sus sollozos disimulados en supuestos estornudos. Cuando se aleja del balcón y entra para mirar a una mola enmarcada, sé que piensa en ella. Yo no puedo imaginar perderlo de esa manera. Prefiero quedarme junto a él y mi madre esperando que el mar también nos llegue algún día. Por el momento, solo pesco no tan lejos de la orilla.

- **Segundo Lugar: “Elira”**  
***Autora: Ariadna Cruz***

Debí decirle que lo amaba.

Te lo confieso, mamá. Cuando lo sostuve en mis brazos y sus enormes y brillantes ojos oscuros me observaron agonizantes, debí decírselo. Es todo lo que pienso desde aquel día en que salí tarde del trabajo. Era temporada alta, siempre te he dicho como se saturan las ventas en el almacén, te lo he repetido tantas veces como te he expresado mi deseo por terminar la universidad o por salir y conocer otras partes del país. Creo que el mismo o un número mayor de veces se lo conté a Ricardo, pero... Nunca se pudo, ¿verdad?

Eran las ocho de la noche, o al menos esa es la hora que recuerdo marcaba el reloj en mi muñeca cuando me despedí de mis compañeras del trabajo y salí por las puertas automáticas hacia la vereda de la avenida. El tráfico se encontraba a medio despejar, algún claxon por allí todavía era perceptible, también una que otra sirena de ambulancia, y la luna y las estrellas eran opacadas por los postes de luz; no como en el campo que podíamos vislumbrar los astros en el cielo, incluso minutos antes de que cayera la noche.

Supongo que no puedes recordarlo con la misma melancolía que yo, nunca disfrutaste de la vida que teníamos. Hiciste lo posible por salir de allá y lo entiendo, creo que al fin te entiendo.

El apartamento que rentábamos solo quedaba a dos cuadras del almacén, pero yo, en cuatro años, jamás había recorrido esas calles sola. ¿Puedes creerlo? Seguro que sí. Eso fue por lo que te encantó tanto Ricardo, por lo mucho que me protegía, por lo mucho nos ayudaba, por lo mucho que cambiarían nuestras vidas si me quedaba con él.

Lo hice y nos mudamos a la ciudad. Al no estar acostumbrada a los alrededores, él se ofrecía a llevarme a todas partes; al súper mercado, a casa de sus amigos, a casa de sus padres, a tu casa.

A mi trabajo.

En todos estos años, no creo que hubiera una sola ocasión en la que él no estuviese a las cinco en punto de la tarde frente al almacén, montado en su Toyota Hilux esperando por mí. La puntualidad siempre fue una de sus muchas cualidades y si a ello le adicionamos su ímpetu por compartir todas sus pertenencias conmigo, su constante preocupación por mis paraderos y sus fuertes sentimientos hacia mí... Bueno, tú siempre lo dijiste, mamá.

Ricardo era el hombre perfecto.

Ahora lo reconozco, debí contarte más sobre mi trabajo y enseñarte una de las tantas lecciones que mi jefe desinteresadamente me instruyó: Ni aún la prenda más fina es libre de arrugas.

Aquel día contemplé la avenida y por primera vez, ningún vidrio ahumado se interpuso entre el olor del diésel quemado, la música de los bares, la majestuosa vista de los rascacielos, y yo, pero era de noche, el viento soplaba inclemente y mis zapatos pesaban como dos piedras de río; no las pequeñas de la orilla, sino las grandes del centro, que ni la más violenta cabeza de agua puede arrastrar.

Así pesaban cuando mi jefe cerró el local y me encontró estática en medio de la acera.

—Elira, ¿sigues aquí?

—Se sorprendió—. Pensaba que ya te habías marchado con tu... pareja.

—Señor Mouret —saludé—. No, él no pudo esperarme.

—Cuántas veces debo insistir en que es Simón, ¿eh? —bromeó y luego el silencio nos envolvió— ¿Ha sido por lo de esta tarde? No fue mi intención crear pleito, él debía entender que no podías irte aún.

—Él lo entendió, se... Simón —afirmé sin verlo. Aunque, observar los ojos de mi jefe era una actividad placentera, y en extremo secreta, pero la ciudad bajo aquellas luces estaba resultando cautivadora y distinta, y no me atreví a interrumpir tales vistas. De haberlo hecho, a lo mejor hubiera alterado mi rumbo.

—¿Cómo sigue tu brazo? Estaba feo ese moretón.

—Está mucho mejor, gracias por preocuparse.

—Espero que estés siendo más cuidadosa con las escaleras.

Simón Mouret, un hombre inteligente y vigilante. Si tan solo su camino se hubiera cruzado con el mío antes de Ricardo Casas. Su astucia lo llevó a percatarse y prestarle cauta atención a mis continuos accidentes. Tú también los veías, sin embargo, la diferencia entre ustedes dos recayó en el valor de indagar. De todos modos, qué importaba; me lo cuestionara un carismático empleador o un suspicaz oficial, yo no gozaba de la voluntad para revelar que mis cicatrices eran provocadas por mi empeño en acercarme a la perfección, y creí que las merecía.

No era una novia perfecta, no sería nunca la esposa ideal, no era digna del amor de Ricardo, pero tú te encargaste de que siempre apuntara a ser una mujer virtuosa y en ello, casi se me fue la vida.

Entonces la noche se tornó opaca, la música de los bares menguó y los rascacielos perdieron su brillo. Era demasiado tarde y, cómo te gustaba recordármelo, una mujer no hace nada sola en la calle.

—Tengo que irme, señor Mouret. Buenas noches.

—Déjame llevarte. ¿Dónde...?

—¡No! No lo necesito.

—Elira.

—Simón, usted también debería tener cuidado con las escaleras.

Me alejé, no obstante, Simón también era un hombre pertinaz.

—¡Sea lo que sea, no te mereces esto!

Su voz la superó el taconeo, que pronto se convirtió en el único sonido de la avenida.

¿No lo hacía? ¿Cómo no?

Primera calle a la derecha y luego un giro a la izquierda. El camino me lo sabía de memoria, lo que tenía que hacer también. Ricardo me lo había dicho después del incidente en el almacén;



todo había sido mi culpa, no le avisé que saldría tarde y él, enemigo de la impuntualidad, ignorante a la asustada mirada de mis compañeras, solo me rodeó con sus gruesos brazos, y apretó. A veces no controlaba su fuerza, yo lo ponía muy nervioso. No quiso parecer un salvaje frente a los demás, solo quería que yo volviera a casa. No es que no entendiera lo que mi jefe y los guardias le decían... Es solo que no le importaba.

—Vamos a casa, Elira. Sé una buena chica —murmuró suave contra mi oído. No podía, la advertencia la había puesto mi empleador sobre la mesa. Si me marchaba, iba a ser despedida. ¿Cómo comeríamos y cómo pagaríamos las cuentas? Me negué y él se fue, pero su abrazo me dejó saber lo que me esperaba cuando volviera a casa—. No regreses tarde, y más te vale que estés lista para pedir perdón.

¿Cómo no me merecía aquello?

La avenida quedó atrás junto a la diversidad de olores y la música. Subí al apartamento, mi llegada la anunció el cilindro de la cerradura. No tuve que mirar para descubrir que Ricardo aguardaba en el sofá junto a la lámpara y que su pelado cinturón de cuero descansaba sobre sus rodillas.

—Estoy en casa.

—Qué bien, cariño. Acércate.

Lo hice, mamá. No me estangué.

Si pedía perdón, cerraba los ojos e imaginaba interminables cafetales, todo pasaría más rápido. Lo sabía y a pesar de ello, te lo confieso, lo cuestioné.

—Cariño, ¿realmente me... me merezco esto?

—Él no respondió, su carcajada llenó el apartamento y culminó en aquel gruñido letal que tanto temía. Se levantó furioso, la hebilla tintineó, el contacto fue inevitable, hasta que un estruendo nos sacudió.

—¡No le tocarás ni un pelo, infeliz!

Mi corazón dio un vuelco pesado y ansioso. Simón en tres pasos alcanzó a Ricardo y lo embistió contra los muebles.

Los dos se enfrascaron en una fuerte pelea que terminaría en tragedia si continuaban acercándose a las escaleras.

—¡Detente, Simón! ¡No sabes lo que estás haciendo!

—Ninguno escuchaba.

Debí esforzarme más por advertirle de los rifles de cacería escondidos bajo la escalera, pero el pensamiento de un mundo sin Simón Mouret provocó que mis zapatos se aligeraran y actuaran por sí mismos. Por primera vez pensé en lo que quería y corrí en busca del primer objeto contundente que estuviera al alcance. Debí ser más rápida. Debí saber que Ricardo era capaz de matar por mí, porque yo fui capaz de enfrentarlo por mi jefe. La paila sobrevoló la cocina y la sala, aterrizó sobre su sien y lo desplomó, pero no fue tan veloz como su bala.

Esta es la verdad, mamá, no lo que la familia Mouret les cuenta a los medios. Esta es mi gran amarga confesión: Que la última vez que observé los ojos del hombre que me regaló la libertad, no pude decirle cuánto lo amaba; que en mis brazos perdió la vida injustamente, y que en honor a todo lo que dio por mí, no permitiré que nadie me vuelva a arrebatarme mi libertad.